

LA GENEROSA SABIDURÍA DE ALBERTO

Julia María Labrador Ben

Universidad Complutense de Madrid

Revista Arbor, CSIC

Vicesecretaria del Instituto de Estudios Madrileños

El pasado 1 de noviembre de 2011 sucedió algo que a muchos nos parece todavía increíble: el fallecimiento de Alberto Sánchez Álvarez-Insúa a los sesenta y nueve años, un hombre polifacético que se caracterizaba por una inmensa sabiduría en todos los campos, desde las ciencias más duras (era químico de formación) hasta las letras, pasando por un enorme y sorprendente conocimiento de lo popular, tema que tanto se esforzó en reivindicar intelectualmente. El rasgo principal de su personalidad, lo que mejor lo definía humanamente, fue su desmedida generosidad, virtud que hacía extensiva a todo, tanto a lo personal como a lo laboral, tanto al trato social como a su labor intelectual. Siempre estuvo dispuesto a ayudar a cualquiera que recurriera a él, ponía a disposición de todos su inmensa, maravillosa y única biblioteca en la que albergaba decenas de miles de volúmenes de todos los saberes, pero con un predominio indudable de las colecciones de literatura popular española de comienzos del siglo XX, en las que, sin duda, era el mayor experto.

Su libro *Bibliografía e historia de las colecciones literarias en España (1907-1957)*, publicado por Libris en 1996, abrió infinidad de líneas de investigación al ser pionero en la catalogación de todas esas series populares. Antes sólo había sido catalogado *El Cuento Semanal* por los investigadores de París VIII (encabezados por Brigitte Magnien), con un somero estudio, e indizadas las colecciones *La Farsa*, *El Teatro Moderno* y *La Novela Teatral* por Esgueva, Esquer Torres y Pérez Bowie, respectivamente. Precisamente sería el libro de este último el que, actualizado, revisado y precedido por un nuevo estudio inauguraría una nueva colección del CSIC, Literatura Breve, ideada por Alberto en 1996 para albergar la publicación de la catalogación y estudio de todas esas colecciones que tanto se esforzó por rescatar y que, gracias a él y a todos los autores de los sucesivos volúmenes (entre los que me incluyo), no sólo no permanecerán en el olvido, sino que podrán ser estudiadas con

THE GENEROUS WISDOM OF ALBERTO

más profundidad a partir de esos libros que todo el mundo, desde el propio Alberto, define como una herramienta para otros trabajos, bien sobre las propias colecciones, bien sobre los autores que en ellas colaboran.

Alberto nació en el seno de una familia de literatos, algo que le marcaría de forma indeleble: por la rama materna, su bisabuelo Waldo Álvarez Insúa, «gallegista insigne» en palabras del propio Alberto, fundó el diario *El Eco de Galicia* en La Habana a finales del siglo XIX. Su abuelo era el prolífico e importante novelista del primer tercio del siglo XX Alberto Insúa, famoso por *El negro que tenía el alma blanca*, una de las tres novelas más editadas de ese momento (precedida por *La casa de la Troya* de Alejandro Pérez Lugín y seguida por *Corazones sin rumbo* de Pedro Mata), y destacado cultivador de la narrativa galante. Y su madre, Sara Insúa, que también fue escritora, al igual que su tía abuela del mismo nombre, notable autora de novelas durante los años 20-30. Por rama paterna estaba emparentado con Miguel de Palacios (coautor de *La corte de Faraón* junto a Guillermo Perrín) y era hijo del crítico de arte Mariano Sánchez de Palacios.

Con esos precedentes, era inevitable que Alberto se acercara al mundo de la literatura. Siendo joven escribió textos de crítica taurina y teatral en algunas revistas: una de las publicaciones que él recordaba con más cariño fue la entrevista con Alfonso Sastre, allá por los años 60. Y también publicó varios relatos policíacos y de terror en la colección «Biblioteca Universal de Misterio y Terror», algunos firmados con un seudónimo que le impuso la propia editorial: Ramón S. Lucena. De todos ellos destacan dos por encima del resto: la novela breve en cuatro entregas *La Condesa Báthory*, sobre Erzebet Bathory, personaje histórico que le fascinaba y sobre el que se planteaba volver a escribir; y su relato *Laberinto sin final*, que fue llevado a la pequeña pantalla en los 90 dentro de la serie *Crónicas del mal* bajo

un nuevo título, *La salida del laberinto*, dirigido por Enrique Nicanor, con guión de Manuel Marinero y protagonizado por un joven, todavía poco famoso, Javier Bardem. El teatro le apasionaba, por eso hace unos años, en 2006, se atrevió a publicar una de sus obras, *Herodías-Salomé. Construcción dramática en tres actos sin interrupciones sobre textos de Mallarmé, Flaubert, Wilde*, que el Grupo de Teatro «Ateneo de Pozuelo» estrenó en España el pasado día 25 de noviembre de 2011 bajo la dirección de Fernando Jiménez, tras haber sido llevada a las tablas en Argentina por otra compañía.

También se acercó al mundo del cine como escritor de guiones, firmados con el seudónimo Alberto S. Insúa y realizados todos para su amigo el director Javier Aguirre, con el que inició una fecunda colaboración que dio como resultado un total de quince películas rodadas en los 70 y los 80 (la última ya en 1991), y otra serie de guiones que, por razones diversas, no lograron rodarse. Entre estos se encuentra el último que escribió, en 2010, el primero en colaboración conmigo: *El Rastro dos*, un documental en dos tiempos que se simultaneaban a lo largo de toda la película, los 50 (en blanco y negro) y la actualidad (en color).

Entre sus guiones rodados destacan: *El gran amor del conde Drácula* (1972), la primera película en que Drácula muere por amor, precursora de *Blácula* y anticipada en unos veinte años al planteamiento del *Drácula* de Coppola. *El jorobado de la morgue* (1973), sin duda su mejor guión de terror, que permitió la mejor interpretación cinematográfica de Paul Naschy, autor de la idea argumental que Alberto desarrolló, aderezándola con referencias literarias. *Carne apaleada* (1978), adaptación de la novela de Inés Palou sobre las cárceles de mujeres y primera película clasificada S en el cine español. *Ni te cases ni te embarques* (1982), el primer film protagonizado por el entonces trío Martes y Trece, una comedia desternillante inventada por Alberto tomando como modelo de inspiración *Los que tocan el piano* (1968) de Javier Aguirre, pero exacerbando las torturas involuntarias de las que será víctima el personaje de don Venancio, interpretado por Agustín González, y de las que no se librará ni en el último segundo de la película. Alberto confesaba que la mayor dificultad que le planteó esta película fue resolver escenas para tres protagonistas en lugar de para dos. Una anecdótica cuestión económica (evitar pagar los desorbitados derechos de autor que pedían por

utilizar *El huerfanito* de Machín) provocó que se convirtiera momentáneamente en letrista al escribir la canción que interpreta el personaje de Josema («el único cantautor ciego, mudo y manco») durante los créditos iniciales y el subsiguiente comienzo del film: *El hospiciano. La monja alférez* (1986), película histórica de cuidada ambientación sobre Catalina de Erauso, adaptación literaria cruzada del libro de Thomas de Quincey (*The Spanish Military Nun*) combinado con las memorias de la propia Catalina.

He dejado para el final recordar su amplísima labor intelectual y académica debido a su mayor importancia. Alberto comenzó en el mundo de la Química, donde investigó medicamentos en laboratorio, impartió clases e incluso dirigió una tesis doctoral, todo ello como Colaborador Científico del Instituto de Química Médica del CSIC, pero interrumpió esa trayectoria para dar el salto a la política: tras desempeñar varios cargos de gestión tanto en el CSIC como en la CAM, fue elegido Concejal del Ayuntamiento de Madrid en 1989, entre 1991 y 1995 regresó al CSIC como Director de Publicaciones, después pasó a la Secretaría de Estado de Universidades e Investigación del MEC donde fue Jefe de Gabinete, en 1996 se convirtió en Asesor Ejecutivo de la Secretaría de Estado de Administración Militar y en 1997 regresó definitivamente al CSIC para dirigir la Oficina de la Memoria, incorporarse al Instituto de Filosofía, en el que se vinculó a cuatro Proyectos de Investigación sucesivos dirigidos por José María González, y desde 2005 dirigir la revista *Arbor*, la más antigua del CSIC y que, gracias a su labor, se ha revitalizado, modernizado y convertido en una publicación de referencia presente en los índices de impacto más importantes.

En paralelo a todo esto se planteó colaborar con el Instituto de Estudios Madrileños, institución a la que habían pertenecido su abuelo Alberto Insúa y su padre. Se convirtió en Miembro Colaborador el 28 de marzo de 2001 e ingresó como Miembro Numerario el 31 de octubre de ese mismo año. En 2004 fue nombrado Director de Publicaciones del IEM y pasó a ser director de *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. El 24 de marzo de 2011 vio cumplido un sueño que le llenó de felicidad: ser elegido Presidente del IEM, cargo que implicaba tantas obligaciones que le llevó a delegar la dirección de las publicaciones en mí.

Resumir todas sus publicaciones académicas en un párrafo es tan imposible como impensable, dada su inmensa

diversidad, simplemente quiero realizar una selección de aquellos textos que son más significativos o importantes por razones varias.

En el año 2000 comenzamos una fructífera colaboración que ha quedado truncada con su muerte pero que todavía puede mantenerse, aunque sea sobre todo en memoria, en algunos textos póstumos. Emilio Carrere y la métrica de su poemario *El caballero de la muerte* tuvieron la culpa de que escribiéramos nuestro primer artículo juntos y a partir de ahí iniciamos una saga de estudios sobre la poesía, las colaboraciones periodísticas y los textos narrativos de Carrere, con un interés especial por su novela *La torre de los siete jorobados*, sobre la que, partiendo de mis investigaciones, desvelamos muchos misterios y desmentimos numerosos errores que pululaban impunemente por ahí.

Tras Carrere nos ocupamos de Ángel Rodríguez Chaves, al que previamente se había acercado Alberto cuando prologó sus *Leyendas del Madrid Viejo*. En 2004 realizamos una edición de textos críticos de Enrique Díez-Canedo, en la que la introducción y selección de los mismos corrió a cargo de Alberto, y la extensa bibliografía fue recopilación mía. Al año siguiente apareció el tomo 14 de la colección «Literatura Breve» en el que nos repartimos el estudio: *Teatro Frívolo* para Alberto y *Teatro Selecto* para mí, aunque la división es meramente física porque fue escrito con el mismo sistema de colaboración que utilizábamos en el resto de los textos.

De todas nuestras obras comunes, sin duda, de la que estaba más orgulloso era la esperada y necesaria edición del *Cancionero de amor y de risa* de Joaquín López Barbadillo, libro erótico-jocoso para el que Abelardo Linares nos encargó un prólogo y acabó recibiendo un enorme estudio introductorio de casi cien páginas en el que fijábamos algunas autorías controvertidas, desmentíamos otras y completábamos con unos textos añadidos.

Nuestra última colaboración publicada, aparecida en *Ínsula* en 2011, fue un artículo sobre la adaptación cinema-

tográfica de *Pequeñeces* del Padre Coloma. Han quedado en el tintero algunos textos en proceso, que me esforzaré por lograr que tomen forma escrita para que honren su memoria y con ello se cumpla su deseo.

De sus textos en solitario hay que destacar un inmenso bloque de artículos, capítulos de libros, estudios y conferencias dedicados a la Edad de Plata de la literatura española. Se acercó a autores como Alfonso Hernández Catá, Alberto Insúa, Ricardo Baroja, Joaquín Belda, Álvaro Retana, Carmen de Burgos, Amalia Domingo Soler... estudió las colecciones literarias de ese período, en especial las eróticas, y la literatura galante o «sicalíptica», como se la denominaba entonces, y abordó otros muchos autores y temas: Agustín Pérez Zaragoza, Bernardo López García y su elegía heroica «¡Dos de mayo!», Luisa Alberca, Gonzalo Torrente Ballester, Luis Martín Santos, la literatura femenina, la novela rosa y la chic lit, Inés Palou, Eugenio María de Hostos, la risa, la polémica del beber frío, los toros en el siglo XVIII, el teatro, el mal y la maldad, el amor y la muerte, etc. Incluso se acercó a cuestiones madrileñas aparentemente alejadas de su ámbito: el Fuero madrileño, la época de San Isidro, los jardines de Eva Perón y el plano de José Pilar Morales, tema por el que sentía una especial debilidad. Entre sus libros, hay que citar los ya mencionados de Literatura Breve, ambos en colaboración: *La Novela Mundial* (con Carmen Santamaría Barceló) y *Teatro Frívolo. Teatro Selecto* (conmigo), y su enjundioso ensayo *De Heidegger a Sartre «Apólogos» de Martín Santos: una lectura existencial*.

Ha sido un rápido recorrido por toda su obra en el que, sin duda, faltan muchas cuestiones, pero no se trataba de ser exhaustivos sino de dar un panorama intelectual general de la vida de un gran sabio, cuya marcha nos ha dejado huérfanos de tantas cosas. Nos queda el consuelo de que seguirá vivo cada vez que alguien se acerque a alguno de sus textos y lo lea con interés, y si a partir de ahí esa persona realiza nuevas investigaciones sobre esos temas la labor de Alberto seguirá dando nuevos frutos, como él deseaba que sucediera. Por mi parte puedo garantizar que será así.